

Hogar de Cristo: experiencia de Acción Social desde la Iglesia chilena

MAURICIO ECHEVERRÍA GÁLVEZ

Director del Instituto Berit de la Familia, Universidad Santo Tomás, Chile

MAITE CERECEDA MARTÍNEZ

Subdirectora de Formación e Identidad, Universidad Santo Tomás, Chile

Introducción

A principios del siglo XX, la sociedad chilena se encontraba en un momento de división social importante. La gran riqueza que significó la extracción del salitre para algunos generó también una gran injusticia en términos económicos para otros, pues la explotación laboral y la falta de regulación para otorgar derechos básicos a los trabajadores, terminó por conformar una sociedad que rayaba en la inmoralidad social. Mientras algunos tenían grandes riquezas, gran parte de la población luchaba por subsistir. De entre ellos, varios jóvenes y niños quedaban desprotegidos en términos educacionales, laborales e incluso respecto a su vivienda.

Esta situación conmovió profundamente el alma del joven sacerdote jesuita Alberto Hurtado Cruchaga, quien tomó la decisión de cambiar la vida de todas esas personas que vivían en condiciones poco dignas. Él veía en los pobres el rostro de Cristo, al punto de llamarlos “patroncitos” (jefecitos) y se puso al servicio de ellos como lo debería hacer cualquier cristiano, viendo a Jesús vivir en la miseria.

Desde esta disconformidad con la realidad social, surgiría la que se convirtió en la más grande institución de acción social de Chile, el Hogar de Cristo. Es por ello que conocer esta obra no puede distanciarse de la propia

vida de su fundador, la que explica las motivaciones y el contexto social en que surge.

Vida de Alberto Hurtado Cruchaga

Alberto Hurtado nació el 22 de enero de 1901, siendo el primogénito de un hogar formado por don Alberto Hurtado Larraín y doña Ana Cruchaga de Hurtado. En junio de 1905, a la edad de 4 años, quedó huérfano de padre. Junto a su hermano Miguel, de dos años y su joven madre comenzaron una vivencia de la pobreza, que había de influir tanto en su vida personal, religiosa y apostólica. Se trasladaron a Santiago a casa de unos tíos.

Al llegar a la edad requerida, conforme a los deseos de su cristiana madre, fue matriculado en el Colegio San Ignacio en el año 1909, en el que estudiaban muchos de sus familiares. Ese mismo año hizo su primera comunión y al año siguiente fue confirmado. Las dificultades económicas no impidieron que, junto a la señora Ana, su madre, trabajara por los más pobres, en el Patronato San Antonio, fundado por el sacerdote franciscano Luis Orellana. En lo que siempre se distinguió fue en su piedad, pureza y alegre compañerismo. Terminó sus estudios secundarios a fines de 1917, obteniendo su título de bachiller.

En marzo de 1918 comenzó sus estudios de Derecho en la Universidad Católica de Chile. Por esos años ya manifestaba una gran preocupación por los más pobres, ya fuese en el apostolado que realizaba en el Patronato de Andacollo, en la actividad política que desarrolló con gran preocupación social y en aquel apostolado que le pedía su querida Congregación Mariana. Entre éstos, puede destacarse el que realizó para atender a los jóvenes, especialmente católicos de provincias, que venían a estudiar a la capital, y, que con frecuencia, encontraban en las pensiones peligros morales de variadas especies. Sabía unir su propia carrera a su inquietud por servir a los demás, organizando, junto con algunos estudiantes de Derecho, un consultorio jurídico para obreros, y dedicando sus tesis de grado a buscar soluciones jurídicas a algunos graves problemas sociales.

Luego de cumplir con su servicio militar, desplegó su caritativo celo en el trato con los “albergados”, o sea, con las multitudes de obreros cesantes, a quienes la crisis de los centros de explotación del salitre ubicados en las regiones del Norte de Chile obligaban a trasladarse con sus familias a la capital. Si bien el ambiente en esos grandes “albergues” no era fácil de penetrar, y era algo arriesgado, Alberto lo consiguió acompañado de otros amigos (entre ellos Manuel Larraín y Osvaldo Salinas, después obispos).

Éste último, declaró: “Su vida de unión con Jesucristo le arrastraba hacia los que sufren”.

Su anhelo por ingresar al noviciado de los jesuitas se veía limitado por la necesidad de apoyar a su madre económicamente. El Padre Damián Symon, su director espiritual de esos años, relataría cómo vino la solución: “Se iba a recibir de abogado, y no se podía ir al Noviciado de la Compañía en Chillán, por la situación financiera de su madre. Le vi hacer el primer milagro: durante todo el mes del Sagrado Corazón de Jesús del año 1923 fijó sus visitas para con su amigo y padre espiritual, a las 10 de la noche, en vez de venir a las horas diurnas, y a esa hora le vi tenderse en el suelo cual largo era, frente al altar del Santísimo Sacramento, y pasar una hora entera en esa postura, implorando en la oración más fervorosa, que le solucionara el Señor sus problemas económicos para poderse consagrar totalmente a Dios. Yo rezaba el Breviario, y observaba mientras tanto. Pues bien, el día del Sagrado Corazón de Jesús del año 1923, a eso de las tres de la tarde, recibí un llamado telefónico citándolo con urgencia, y de aquella entrevista salió la solución de un pleito antiguo de familia que dejó a su madre en situación económica más desahogada, y el santo joven pudo ingresar a la Compañía de Jesús, algunas semanas después”.

Efectivamente, el 7 de agosto de 1923 recibe su título de Abogado. Justo antes de entrar al Noviciado jesuita, la Universidad Católica diría adiós a su exalumno. Los sentimientos de la Universidad están testificados por la Revista Universitaria, que nos ha transmitido un documento de inestimable valor, por ser contemporáneo a los hechos; así comienza el artículo: “Después de haber cursado con el más hermoso éxito los cinco años de la Facultad de Leyes, y de haber obtenido brillantemente su título de abogado con nota óptima de la Corte Suprema y distinción unánime de la Universidad Católica, Alberto Hurtado, nuestro amigo, el amigo de todos los jóvenes católicos, el amigo de pobres y ricos, partió al noviciado de la Compañía de Jesús. Su inmenso amor a Dios fue premiado por la Divina Providencia que le concedió el mérito de abandonarlo todo cuando todo podía tenerlo. La Universidad Católica sintió la necesidad de despedir con todo su cariño al ejemplar exalumno y celebró en las vísperas de su partida una Misa que ofició el señor Rector y a la cual concurrió un numeroso grupo de sus amigos” (*Revista Universitaria*, 1923). Alberto ni siquiera esperó recibir personalmente su diploma de Abogado y partió al Noviciado de Chillán el día 14: quería asegurar ese día para poder hacer sus votos religiosos (dos años después) el día 15, fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen.

La alegría de Alberto por haber entrado al Noviciado queda bien expresada en una carta a un inseparable amigo: “Querido Manuel: Por fin me tienes de jesuita, feliz y contento como no se puede ser más en esta tierra: rebose de alegría y no me canso de dar gracias a Nuestro Señor porque me ha traído a este verdadero paraíso, donde uno puede dedicarse a Él las 24 horas del día. Tú puedes comprender mi estado de ánimo en estos días; con decirte que casi he llorado de gozo”.

Estuvo en Chillán año y medio, pasando a comienzos del año 1925 a Córdoba (Argentina), para terminar allí su período de noviciado y consagrarse al Señor con sus votos religiosos el 15 de Agosto. A mediados de 1927 fue enviado a Europa para continuar sus estudios en España. El P. Symon en su informe comenta sobre estos años: “Lo volví a encontrar en Barcelona el año 1931, y después de varias horas de gratísima compañía, pude contemplar la transfiguración de Alberto Hurtado en un verdadero santo, como religioso y futuro sacerdote. No había ninguna cosa externa que llamara la atención; pero el calibre de su voluntad totalmente traspasada por la voluntad de Dios, era de tal magnitud que me dieron deseos de besarle sus manos y casi de pedirle una bendición”.

Terminó sus estudios de teología en la Universidad Católica de Lovaina, una de las más prestigiosas del mundo. Llegó allí a fines de septiembre de 1931. Según su amigo Álvaro Lavín, S.J., su estadía y estudios en Lovaina fueron, de un modo especial, providenciales, e imprimieron en él un sello fuerte y perdurable, no sólo en su formación teológica, sino humana, religiosa y sacerdotal. En esta institución solicitó seguir estudios de pedagogía, los cuales terminó en un plazo de 3 años.

El Padre Arts, jesuita belga, transmite un elocuente testimonio: “El P. Hurtado tenía el temperamento de un mártir; tengo la íntima convicción de que él se ofreció como víctima por la salvación de su pueblo, y especialmente por el mundo obrero de América. ¡Cuánto amaba a su país y a su pueblo! Ese amor le hacía sufrir profundamente”.

En Lovaina, durante su tercer año de teología, recibió las órdenes del subdiaconado y diaconado, y, al término de él, el 24 de Agosto de 1933, fue ordenado sacerdote por el Cardenal van Roey, Primado de Bélgica, oficiando el 25 de Agosto su Primera Misa. Habiendo sido ordenado sacerdote, le escribe a un amigo: “¡Ya me tienes sacerdote del Señor! Bien comprenderás mi felicidad inmensa. Con toda sinceridad puedo decirte que soy plenamente feliz. Ahora ya no deseo más que ejercer mi ministerio con la mayor plenitud posible de vida interior y de actividad exterior”.

Llegó a Chile en febrero de 1936. Comenzó inmediatamente su trabajo con jóvenes y acción social en distintas comunidades. El problema vo-

cacional le preocupó mucho desde el principio, por la impresionante falta de sacerdotes; hizo estudios, estadísticas, y la primera obra que escribió fue precisamente sobre este tema: *La crisis sacerdotal en Chile* (editado en 1936). Años más tarde, y en forma más general, publicó otro opúsculo sobre la elección de carrera (de 1943).

Luego de su paso como Asesor nacional de la Acción Católica, en el año 1944, quiso la Providencia que surgiera un fruto que sin duda más nombre y estima le atrajo: el Hogar de Cristo. El mes anterior a su renuncia a la Acción Católica, tuvo lo que todos consideran una clara inspiración del Espíritu Santo: emprender una obra y cruzada evangélica de caridad. Tal como él mismo lo relató, una noche fría y lluviosa, le vino al encuentro “un pobre hombre con una amigdalitis aguda, tiritando, en mangas de camisa, que no tenía dónde guarecerse”. Su miseria lo estremeció, pues el corazón del Padre, naturalmente sensible, sufría y se llenaba de santa indignación al ver la miseria de tantos compatriotas y hermanos, y veía en ellos, con vivo espíritu de fe, a ese mismo Jesucristo que predicó con su palabra y ejemplo el precepto del amor. Pocos días después, el 16 de octubre, dando un retiro para señoras, en la Casa del Apostolado Popular, habló, sin haberlo previsto, sobre la miseria que hay en Santiago y la necesidad de la caridad: “Cristo vaga por nuestras calles en la persona de tantos pobres dolientes, enfermos, desalojados de su mísero conventillo. Cristo, acurrucado bajo los puentes, en la persona de tantos niños que no tienen a quién llamar padre, que carecen hace muchos años del beso de madre sobre su frente... ¡Cristo no tiene hogar! ¿No queremos dárselo nosotros, los que tenemos la dicha de tener hogar confortable, comida abundante, medios para educar y asegurar el porvenir de los hijos? ‘Lo que hagan al más pequeño de mis hermanos, me lo hacen a Mí’, ha dicho Jesús”. Este fue el día de la concepción del Hogar de Cristo.

A la salida del retiro, recibió las primeras donaciones –un terreno, varios cheques y joyas– de parte de las señoras presentes. Inmediatamente abrió los hogares provisorios: para jóvenes, y para mujeres y niños. De las hospederías pasó pronto a los hogares de niños, pues vio que con ellos la obra de las hospederías era muy imperfecta e ineficaz: durante el día perdían lo que por ellos podía ganarse en las noches. Él quería regenerarlos y habilitarlos para una vida digna, cristiana y útil; quería restituir a la sociedad a esos hermanos, privados, sin culpa de ellos, del calor de un hogar y una familia, y rechazados injustamente por esa misma sociedad. Vinieron los talleres, para formarlos por la instrucción y la disciplina del trabajo; procuró, sobre todo, proporcionarles en estos hogares el interés y afecto humano, cuya falta constituía lo más duro de su existencia. Un jesuita de Suiza, recuerda: “En mi

viaje a Chile, el Padre Hurtado estaba en el Aeropuerto esperándome con su camioneta. Me hizo visitar detalladamente su obra del Hogar de Cristo. Al dirigirnos a él, nos detuvimos a la orilla del río Mapocho, y me explicó toda la estrategia que debía emplear para acercarse, sin asustarlos, a los niños abandonados y vagos. Resplandecía de alegría, hablándome de uno de ellos que había aprendido un oficio, se había instalado, y había fundado un hogar”. Al final del último saludo de Navidad, dictado por él mismo, en su lecho de enfermo, poco antes de morir, da la misión para quienes mantuviesen su obra: “A medida que aparezcan las necesidades de los pobres, que el Hogar de Cristo busque cómo ayudarlos como se ayudaría al Maestro”.

Para fortalecer y asegurar en lo posible este espíritu, eligió del amplio grupo de sus colaboradores, un reducido grupo de señoras con una misión especial: vida de oración y de abnegada entrega a la obra y al servicio de los pobres, a lo que se obligarían con promesas personales, similares –aunque adecuados a su condición y circunstancias– a los votos religiosos, y que unió en lo que él llamó Fraternidad Hogar de Cristo, cuyos estatutos aprobó y firmó personalmente.

La injusticia de las críticas permanentes le dolía, pero no le impedía seguir adelante; por lo demás, la carta de Monseñor Tardini, con la aprobación inicial de la Santa Sede, y la amplia aprobación y bendición de su obra del Cardenal Arzobispo de Santiago, Monseñor José María Caro, le daban seguridad y estímulo necesarios.

Entre el 6 y el 13 de enero de 1950, el episcopado boliviano lo invitó a participar en la Primera Concentración Nacional de Dirigentes del Apostolado Económico Social, en Cochabamba. La Juventud de la Acción Católica boliviana también le solicitó su presencia durante una Asamblea Nacional que se tendría paralelamente. Su ponencia ante el episcopado se tituló: Cuerpo Místico: distribución y uso de la riqueza. En ella urge a buscar a Cristo completo, con todas sus consecuencias, afirmando que “por la fe debemos ver a Cristo en los pobres”, e invitando a buscar soluciones técnicas adecuadas, pues, “ha llegado la hora en que nuestra acción económico-social debe cesar de contentarse con repetir consignas generales sacadas de las encíclicas de los Pontífices y proponer soluciones bien estudiadas de aplicación inmediata en el campo económico-social”.

La última de sus grandes realizaciones apostólicas fue la revista Mensaje. Lo que él quería era: “Orientar, y ser el testimonio de la presencia de la Iglesia en el mundo contemporáneo”. Ya desde el principio de su actividad apostólica había observado la ignorancia religiosa, lo que le había movido a escribir su obra *¿Es Chile un país católico?* donde lamentaba la confusión

existente, incluso en gente culta, acerca de puntos importantes, tanto en el orden religioso, como social y aun cultural. Por lo mismo, esta revista debería entregar información católica amplia, es decir, no circunscrita a alguno o algunos puntos determinados, sino de orientación general. En la primera editorial decía así: “Hoy, 1° de octubre de 1951, nace nuestra revista. Ha sido bautizada Mensaje, aludiendo al mensaje que el Hijo de Dios trajo del cielo a la tierra y cuyas resonancias nuestra revista desea prolongar y aplicar a nuestra patria chilena y a nuestros atormentados tiempos”.

Dada una larga enfermedad de cáncer de páncreas que lo aquejaba y que lentamente fue quitándole fuerzas físicas, más no su voluntad, se vio obligado a retirarse de la vida activa. El 19 de mayo de 1952, con grandes dificultades y dolores por su flebitis, pudo celebrar la misa por última vez. Luego se vio obligado a guardar cama hasta el fin de sus días. En este tiempo, comentaba a su amiga, la señora Marta Holley de Benavente: “Marta, estamos en las manos de Dios... Esa es la gran ciencia, estar a fondo en las manos de Dios... pero somos tan tontos que no aprendemos nunca a entregarnos completamente. Ahora estoy enteramente en sus manos y por eso estoy tan feliz”.

Aun estando en su lecho de enfermo, el Padre no dejó de pensar en los demás, especialmente en los pobres. Les decía a las señoras de la Fraternidad Hogar de Cristo que lo visitaban: “Preocúpense que haya respeto al pobre: sus camas, que no falten cucharas, platos... Trabajen por la dignidad del pobre; es Cristo a quien sirven. Que haya en el Hogar contacto con el pobre, busquen al pobre con amor y respeto... Que no se desvirtúe esa llama de caridad del Hogar de Cristo, para convertirse en una caridad fría”. Agradeciéndoles, el 26 de Julio, día de Santa Ana, su saludo y oración por su madre terrena, Ana Cruchaga de Hurtado, les repitió a las señoras: “Que los detalles para dignificar al pobre sea lo más importante; que Cristo tenga menos hambre, menos sed, que esté más cubierto gracias a ustedes. Sí, que Cristo ande menos ‘pililo’ [harapiento], puesto que el pobre es Cristo”. Es de esta época de dolor que se recuerda su frase característica: “Contento, Señor, Contento”.

El 18 de agosto de 1952, dio su último suspiro después de la santa Misa. Durante las últimas semanas, la radio y prensa mantuvieron a la ciudad y al país informados de su salud. A los minutos después de su muerte, ésta se divulgó por las radios como un duelo nacional¹.

¹ Textos principales tomados de la Biografía escrita por Álvaro Lavín, s.j., Apóstol de Jesucristo, extraída de <http://www.padrealbertohurtado.cl/wp-content/uploads/Apo%CC%81stol-de-Jesucristo-A%CC%81lvaro-Lavi%CC%81n.pdf>

El Hogar de Cristo

A partir de los valores originarios que le inspiraron, el Hogar de Cristo declara su visión como: “Nuestra visión nace de las últimas palabras del Padre (Alberto) Hurtado, quien poco antes de morir, nos expresó su último anhelo, la que nos moviliza en la construcción de un país con justicia, respeto y solidaridad”. Esta declaración se sustenta en las últimas palabras de su fundador: “Al partir, volviendo a mi Padre Dios, me permito confiarles un último anhelo: el que se trabaje por crear un clima de verdadero amor y respeto al pobre, porque el pobre es Cristo. ‘Lo que hiciéreis al más pequeño, a mí me lo hacéis’ (Mt. 25,40).”

Por su parte, la misión de esta institución es: “el Hogar de Cristo acoge con amor y dignidad a los más pobres entre los pobres, para ampliar sus oportunidades a una vida mejor. Convoca con entusiasmo y vincula a la comunidad en su responsabilidad con los excluidos de la sociedad. Es una organización transparente, eficiente y eficaz, que animada por la espiritualidad de san Alberto Hurtado promueve una cultura de respeto, justicia y solidaridad”.

Desde esta perspectiva, la tarea de esta obra no se erige sólo en dar cuidado a quienes lo necesitan sino también –y así lo ha demostrado la experiencia– crear y mantener en Chile una permanente tendencia hacia el servicio a los demás, inspirados en la caridad que se despierta frente al más necesitado. Así, un país oficialmente laico, por la inspiración de un hombre religioso y por el permanente trabajo de quienes han mantenido el espíritu originario de su obra, ofrece ayuda al necesitado porque ve en él a Jesús.

La gran obra de Alberto Hurtado para los chilenos y el mundo surge desde su profunda espiritualidad y aguda mirada social, pues pudo descubrir por gracia tres capacidades: identificarse con el pobre, identificar al pobre con Cristo, y actuar coherentemente con lo anterior. El Padre Hurtado nos invitaba a identificarnos con el sufrimiento de cualquier hermano o hermana, sintiendo sus dolores y sus angustias como propios, a no quedarnos tranquilos ni descansar mientras exista un dolor que mitigar. Esta invitación no sólo promueve, sino que conmueve precisamente por la fuerza de sus palabras: “...de esos pobres hermanos nuestros, hijos del mismo Padre Dios que vagan por las calles sin tener donde cobijarse, si no es debajo de los puentes del [río] Mapocho, o en el hueco de una puerta de calle, como los hemos encontrado tantas mañanas de invierno tiritando de frío, medio muertos por el hielo de la noche. Recuerdo una pobre mujer recogida en una casa caritativa cuando caía víctima de inanición, a la que fui a asistir como sacerdote y murió al poco tiempo de hambre y del dolor de sus largas privaciones... Recuerdo hace pocos días, uno de esos lluviosos de primavera, un pobre hombre con

una amigdalitis aguda, tiritando, en mangas de camisa, que no tenía donde guarecerse” (El Mercurio, 22 diciembre 1944).

Respecto los valores que inspiran hasta el día de hoy esta obra, y que se observan ya en las palabras de su fundador, se declara lo siguiente en la actualidad: “Porque no basta con hacer el bien, sino que hay que hacerlo bien; nuestro actuar está guiados por valores como la Solidaridad, Compromiso, Espíritu Emprendedor, Respeto, Justicia, Transparencia y Trabajo en Equipo. Solidaridad: el cariño no es recibir, es dar; llenar de sol la vida de los demás. Compromiso: el mundo está cansado de palabras, quiere hechos. Espíritu Emprendedor: visión amplia, corazón grande. ¡Que nada me empequeñezca ni aprisione! Respeto: Debemos hacer de la tierra una casa digna para todos los hombres. Justicia: la caridad comienza donde termina la justicia. Transparencia: creer todavía en el ideal, en la justicia, en la verdad, en el bien, en que hay bondad en los corazones humanos. Trabajo en equipo: el espíritu del equipo crea obras llamadas a perseverar”.

Así, con inspiración cristiana pero como un llamado a toda la comunidad chilena –y también a todas las sociedades del mundo– el Hogar de Cristo busca no sólo ayudar al pobre y a quien lo necesite, sino que invita permanentemente –ya sea a través de su capellán, directores y otros– a identificarse con los más necesitados, a ver el rostro de Jesús, de nuestro hermano en aquél que requiere de nuestra ayuda, y además a considerar como un deber moral el otorgar esa ayuda en particular y a generar un cambio global como sociedad. (P. Alberto Hurtado, *¿A quiénes amar?*, 1947).

Evolución histórica

- (1944) Creación del Hogar de Cristo.
- 21 de diciembre: inicio, con la primera piedra, la construcción en la calle Bernal del Mercado de la que hoy es la sede principal de la Fundación.
- (1952) Muerte del Padre Hurtado.
- Cuatro días antes de su muerte el 18 de agosto, el Padre Hurtado dictó la despedida a los amigos del Hogar de Cristo, carta que sienta las bases de la Fundación.
- (1954) Fundación de la Funeraria Hogar de Cristo.
- (1957) Se crean las primeras dos filiales en la región de Antofagasta y en la ciudad de Los Ángeles.
- (1960) Se organizan las “Patrullas de la noche”, las cuales buscan reeditar las rutas que hacía el Padre Hurtado para ir en la búsqueda de los niños en situación de calle.

- Ese mismo año se inauguran los hogares familiares, instancia que buscó modernizar la forma en que se enfrentaba la educación de los niños dejando de lado la idea del internado.
- (1964) Inauguración del primer hogar destinado a acoger a adultos mayores.
- (1970-1979) Se inauguran nuevas filiales, esta vez en las ciudades de Arica, Concepción, Copiapó.
- (1973) Se inauguraron los centros abiertos para adultos mayores y la sección para enfermos terminales.
- (1981) Comienzan a funcionar los centros de alto riesgo, los cuales buscaban acoger situaciones particularmente difíciles.
- (1983) Organización de la primera Cena Pan y Vino, instancia que junto con agradecer el apoyo permanente de la comunidad con el Hogar de Cristo, también busca generar recursos para quienes más lo necesitan. Esta instancia se mantiene hasta hoy.
- (1989) Bajo el nombre de Fundación Padre Álvaro Lavín, nació la actual Fundación Súmate, institución que hoy busca reinsertar en el sistema educacional a miles de niños y jóvenes en situación de pobreza.
- A finales de la década del ochenta y principios de los noventa el Hogar de Cristo se expande a todo Chile inaugurando las filiales de Puerto Montt, Osorno, Punta Arenas, Santa Cruz, Laja, Curicó, Rancagua, Castro, La Serena, Iquique, Nueva Imperial, Ancud, Ovalle y Puerto Aysén.
- (1990) Como una forma de honrar a quien tanto hiciera por los más pobres y excluidos de nuestro país, en 1994 el Congreso Nacional instauró el 18 de Agosto -fecha de la muerte del Padre Hurtado-, como el Día Nacional de la Solidaridad.
- (1995), se creó Rostros Nuevos, Fundación encargada de acoger y potenciar el desarrollo de personas que además de vivir en situación de pobreza, presentan algún grado de discapacidad mental.
- (2002) Se crea Fondo Esperanza, institución que se centra en la atención de la microempresa de subsistencia a través de un programa de microcréditos.
- (2005) Tras el trabajo desarrollado por El Hogar de Cristo en conjunto con la Fundación Credho, nace Fundación Paréntesis, institución especializada en materia de pobreza y consumo problemático de alcohol y otras drogas.
- (2010) Con el objetivo de potenciar la temática de empleabilidad en las intervenciones de las Fundaciones Hogar de Cristo, nace la Fundación Emplea.²

2 Información extraída de la web oficial de la fundación. www.hogardecristo.cl.

El Hogar de Cristo en la actualidad

Actualmente las Fundaciones Hogar de Cristo tienen 456 programas sociales a lo largo de todo el país acogiendo con amor y dignidad a más de 37 mil personas. Esto se traduce, entre otros, en 40 jardines infantiles y salas cuna, 33 programas de protección de derechos de niños y adolescentes, 4 programas de protección a mujeres víctimas de la violencia, 100 programas de inclusión de personas en situación de calle, 98 programas y hogares para cuidado e inclusión de adultos mayores, 24 programas de apoyo a personas con adicción de drogas y alcohol, 54 programas de apoyo a personas con discapacidad mental y 68 programas de reinserción educativa e inclusión laboral.

Junto con ello, vale mostrar que la inspiración cristiana ha seguido siendo un puntal fundamental en el desarrollo de esta obra, lo que se demuestra en las fundamentaciones de sus campañas, y en la importancia que se da a la capellanía durante toda su historia, que se ha mantenido bajo el alero de la Compañía de Jesús. Así, se declara que la misión del capellán es velar por la misión Institucional, sus valores y la Espiritualidad del Padre Hurtado, junto con preocuparse por la asistencia espiritual y humana de acogidos, trabajadores y voluntarios, entre otras tareas prácticas.

Los capellanes del Hogar de Cristo han sido:

- 1944 – 1952: P. Alberto Hurtado Cruchaga s.j
- 1952: P. Guillermo Balmaceda Mackenna s.j
- 1952 – 1962: P. Alvaro Lavín Echegoyen s.j
- 1963 – 1966: P. José Cifuentes Grez s.j
- 1967 – 1980: P. Alvaro Lavín Echegoyen s.j
- 1982 – 2000: P. Renato Poblete Barth s.j
- 2000 – 2011: P. Agustín Moreira Hudson s.j
- 2011 – 2017: P. Pablo Walker Cruchaga s.j

De esta manera, el Hogar de Cristo ha prolongado durante 73 años hasta la actualidad la vida y la inspiración de su fundador, “el padre Hurtado”, buscando ayudar a los pobres a medida que han ido apareciendo sus necesidades, como se ayudaría al Maestro.